

First published by [Triple Crisis](#); Translated by Mariana Escalante, [Via Orgánica](#)
mayo 12, 2014

Monsanto se encuentra con la horma de su zapato en el lugar de nacimiento del maíz

Timothy A. Wise

El 21 de abril, un juez mexicano asestó un duro golpe a los esfuerzos del gigante agrícola Monsanto y a otras compañías biotecnológicas por abrir al país al cultivo comercial de maíz genéticamente modificado (GM). El mandato confirmó la medida cautelar emitida en octubre pasado para poner un alto a los cultivos de prueba o comercial de la cosecha, citando “el riesgo de daño inminente al ambiente.”

En un merecido homenaje al surrealismo mexicano, Monsanto ha acusado al juez que confirmó la medida precautoria de no ser “imparcial.” No sé si el juez que preside sonrió cuando desestimó la queja de Monsanto, pero yo sí.

Acababa de llegar a México para enterarme de la controversia GM y me di cuenta que iba a ser toda una visita.

La medida precautoria original se dictó en octubre pasado, como resultado de una demanda de acción colectiva presentada por 53 ciudadanos demandantes incluyendo agricultores, ambientalistas y consumidores. Ellos aseguran que la aprobación por parte del gobierno mexicano de los permisos para plantar maíz genéticamente modificado, violó las leyes del país de garantizar la protección de las variedades nativas.

El caso legal es complejo, pero el problema central no podría ser más simple.

México ha sido reconocido como el “centro de origen” del maíz y es hogar de diversas semillas de cultivo. Cada una de estas cepas centrales – conocidas como variedades locales evolucionaron durante miles de años en México para adaptarse a las condiciones ambientales locales y a los gustos y deseos humanos. Cada variedad local ha evolucionado cada vez más, conformando una rica colección de variedades locales.

El suroeste y el centro de México han sido conocidos por mucho tiempo como los hogares de la biodiversidad del maíz. Cada año, comunidades indígenas han seleccionado sus mejores semillas para plantar el siguiente ciclo de cultivo. Ese proceso simple y el intercambio libre de semillas con otros agricultores, ha producido la compleja diversidad que hoy encontramos.

Un estudio reciente de la Comisión Nacional de México para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO) identificó 65 variedades locales de maíz en el país, incluyendo varias que nunca antes habían sido catalogadas. De estas 65 variedades locales confirmadas, el estudio de la CONABIO identificó a más de 22,000 diferentes variedades de maíz en México.

Los expertos temen que si el maíz genéticamente modificado se añade a la mezcla, podría polinizar variedades nativas y socavar la integridad genética de las cosechas. Esto no sólo es una cuestión de conservación. Estas variedades de maíz son la base viviente que evoluciona para el cultivo de plantas moderno, un recurso usado por los cultivadores de maíz convencionales (y cultivadores GM como Monsanto), cuando buscan crear variedades híbridas que puedan aumentar los rendimientos, resistir sequías o impulsar adaptaciones útiles a los cambios climáticos y a los ambientes de cultivo.

Las variedades nativas son de tan alto valor que las muestras están almacenadas en lugares ultra-seguros en varios lugares del mundo, en caso de una catástrofe.

Para la gente de Estados Unidos – que tienden a sólo conocer al maíz dulce en la mazorca y al maíz amarillo (no apto para el consumo humano) que alimenta a nuestros animales y a través del etanol, a nuestros coches – esta diversidad es sorprendente. Una variedad mexicana, por ejemplo, es usada casi exclusivamente para el pozole, una sopa ligeramente especiada con grandes granos de maíz blanco enteros. Otros son usados para tamales locales, que pueden ser encontrados en el país. Muchos son usados para un arcoíris de tortillas – blanco, azul, verde y rojo.

La ley mexicana reconoce su diversidad. Su ley de bioseguridad, aprobada en 2005 incluye una protección especial para el maíz. El maíz GM, estipula la ley, no se sembrará en proximidad a ninguna área conocida como “centro de origen”. Sin una definición legal de este término, el gobierno mexicano aprobó en 2009 varias peticiones de compañías biotecnológicas, para empezar experimentos de pruebas en seis estados del norte donde la diversidad del maíz fue considerada despreciable. El gobierno estaba listo para aprobar el cultivo comercial a gran escala del maíz transgénico en esa zona, cuando el mandato judicial detuvo todos los permisos GM.

A simple vista, el norte de México no se ve como un centro de diversidad. Está dominado por gigantescas granjas de irrigación que podrían estar en Iowa. Estas granjas usan semillas de maíz blanco híbrido desarrollado, ya sea por criadores de maíz nacionales o multinacionales extranjeras. Sus altos rendimientos dan una ganancia significativa de maíz para el consumo humano directo, lo que implica un total de más de 20 millones de toneladas al año. Alrededor de 10 millones de toneladas adicionales vienen de los Estados Unidos cada año, pero casi todo es maíz amarillo genéticamente modificado.

El maíz blanco industrializado de México es el mercado que Monsanto quiere, aunque los campos de prueba han estado limitados a las variedades amarillas. México es uno de los productores y consumidores de maíz blanco más grandes del mundo. En una entrevista en la sede de Asuntos Corporativos de Latinoamérica en la Ciudad de México, Jaime Mijares Noriega, Director de la empresa fue sorprendentemente franco. “Para que la penetración de los cultivos biotecnológicos sea exitosa, tendrá que ser en ambos, tanto en el maíz blanco como en el amarillo,” dijo. “Si sólo fuera el amarillo, no estaríamos invirtiendo.”

Yo estaba sorprendido. ¿No se tendrían que rebelar en masa los mexicanos ante el prospecto de que las compañías biotecnológicas estuvieran planeando poner maíz GM en sus amadas tortillas y tamales? Le pregunté si no pensaba que sería más difícil de vender, ya que hasta los consumidores en los Estados Unidos son escépticos de consumir directamente maíz GM. Él reconoció que “tomaría un poco de tiempo.”

Desestimó las preocupaciones sobre el flujo genético, diciendo que sus pruebas de campo han mostrado una polinización mínima a 25 metros del campo.

Eso no es suficiente para José Sarukhán, director de CONABIO. El flujo genético es el flujo genético y una vez que una planta está contaminada con polen de maíz GM entonces polinizará a otras plantas. Sarukhán dijo que los investigadores de la CONABIO encontraron un número sorprendente de variedades nativas en el norte de México, precisamente en regiones donde los cultivos GM fueron autorizados. Sarukhán me dijo que la fuerte presencia de semillas nativas en el norte lo hizo volver a pensar su apoyo previo para las pruebas de maíz GM limitadas en esos estados.

De acuerdo a Antonio Serratos, un investigador relacionado con el reciente estudio del maíz de la CONABIO, el país entero debería de ser considerado un centro de origen. “No puedes simplemente aislar a las comunidades donde encuentras maíz nativo,” dijo.

Serratos también me recordó que la forma con mayor impregnación del flujo genético no es el polen en el viento, son los granos de maíz en los bolsillos de las personas. Los campesinos son experimentadores incansables, probando cada tipo de maíz en el que pueden poner sus manos encima ya sea genéticamente modificado o no. Ellos asumen que no es. Si lo plantan, su polen inundará a las plantas vecinas.

Esto es precisamente lo que pasó en el estado del sur Oaxaca en 2002, cuando un agricultor al parecer tomó granos de maíz de una distribución de alimentos, que contenía maíz GM y los plantó en sus campos. Serratos dice que este tipo de contaminación ya era prevalente en México, aun antes de las recientes pruebas de campo GM. Su propio estudio descubrió una diversidad sorprendentemente rica de maíz dentro de las fronteras de la misma ciudad de México. Pero también encontró contaminación transgénica.

“Estamos creando algo nuevo: maíz transgénico nativo,” advierte.

Le pregunte a los funcionarios de Monsanto cómo esperaban controlar esta forma de mayor impregnación de flujo genético. “No podemos asegurar realmente cómo son transportados los granos y dónde acaban,” dijo Oscar Heredia, director de Asuntos Regulatorios Agronómicos de la compañía.

Para Sarukhán de la CONABIO, este fue el colmo. “No creo que este país tiene la capacidad – ni la voluntad – para regular al maíz transgénico,” dijo.

La introducción puso un alto a la expansión del maíz transgénico, por ahora. Monsanto y otras compañías biotecnológicas se han unido a los departamentos de agricultura y ambiente de México para presentar una tormenta de desafíos legales, ya van 62 apelaciones y quejas legales. Hasta ahora, el sistema judicial notoriamente corrupto de México se ha negado a cancelar la medida precautoria. Los observadores esperan que los procedimientos legales se tarden un año o dos en resolver.

Cuando la demanda de acción colectiva sobre el peligro de la contaminación genética sea finalmente oída, los demandantes tendrán la oportunidad de mostrar un montón de evidencia, desde gubernamental a no gubernamental y fuentes universitarias, sobre la historia y presencia de contaminación GM del maíz nativo mexicano. “Esperamos con ansias la oportunidad,” dice Adelita San Vicente, una del las voceras de los demandantes.